

**LA NATIVIDAD DEL SEÑOR. MISA DEL DIA**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**25 de diciembre de 2017**  
**Is 65, 7-10; Heb 1, 1-6; Jn 1, 1-18**

"Hoy una gran *luz* ha bajado a la tierra", cantaba la Escolanía antes de la proclamación del Evangelio, y nosotros, hermanos y hermanas, alabábamos a Dios por este don repitiendo el Aleluya.

La escena del nacimiento de Jesús en medio de la noche, con toda su ternura humana, es contemplada, en el evangelio que nos ha sido proclamado, por la mirada penetrante del evangelista destacando la profundidad divina. El Niño de Belén, nacido de María, es la Palabra eterna de Dios hecha hombre. A través de él, Dios da a todos su *luz*. Por eso la Iglesia, maravillada y agradecida, exclama: "hoy ha bajado a la tierra una gran *luz*".

Jesucristo es *la vida y la luz de los hombres*, decía el texto evangélico. Con esto nos indicaba que él es la fuente de todo lo que puede llevar a la humanidad a vivir en plenitud la propia existencia, tanto a nivel corporal como a nivel espiritual, tanto a nivel de comportamiento como a nivel de una vivencia de fe que lleva al encuentro con Dios. Jesucristo, con su vida y su palabra, indica a la humanidad cuál es el verdadero camino a seguir para llegar a la felicidad y la plenitud. *La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió*, afirmaba también el evangelista. Esta *luz* que ha bajado a la tierra, tiene la fuerza divina, y ni que alguien maquinara para hacerla desaparecer por ser contraria a sus intereses inconfesables, no la podría eliminar. La *luz* de Dios que se había manifestado ya en la creación ahora se manifiesta con más intensidad, en Jesús y en su Palabra, que es Palabra de vida y de verdad. Por eso podrá decir más adelante: *yo soy la luz del mundo. El que me sigue no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida* (Jn 8,12). Caminar a oscuras comporta avanzar a tientas tropezando aquí y allá sin saber dónde está el norte. Desde su nacimiento, es -tal como canta la Iglesia desde la antigüedad- la "gozosa luz santa" que nos manifiesta "la gloria del Padre del cielo" (Himno de la tarde).

Juan Bautista, tal como hemos podido ir escuchado durante el Adviento, *vino a dar testimonio* de esta *luz* para que, a través de ella, *todo el mundo llegara a la fe*. La *luz* que es Jesucristo es destinada a toda la humanidad. Todos, cualquiera sea su origen y su condición, puede recibir de él la enseñanza que le guiará en su existencia hasta el término hacia el cual Dios nos llama. Hoy lo alabamos como Hijo de Dios nacido para dar la vida, y deseamos que todo el mundo sea iluminado con su *luz* y lo glorifique. Decir que Jesucristo es *luz* es expresar simbólicamente lo que Dios es en sí mismo: amor radiante, y lo que hace a favor de la humanidad: dar la vida, llevar la verdad, invitar a la fe, anunciar el camino de la alegría verdadera. En cambio, *las tinieblas* son el conjunto de falsos valores, de ideologías y sistemas corrompidos por el egoísmo humano, que llevan a cerrarse a la *luz* y al amor que Dios tiene por cada ser humano y en su plan de salvación.

"Hoy una gran luz ha bajado a la tierra ", pero la posibilidad de acogerla o de quedarse en las tinieblas es dejada a la libertad de cada uno. Sin embargo, Dios desea que hagamos una opción libre a favor de su Hijo, para que los que lo acojan, *les concede de poder ser hijos de Dios* (Ef 5, 8). Y, por tanto, hijos de la *luz*, que caminan iluminados, guiados, por la palabra de Jesucristo y acogiendo su verdad. Ser hijos de la *luz* debe ser el perno de todas las actitudes del cristiano: de su pensar, de su vivir, de su actuar, de su unión con Dios.

Gracias a Jesucristo, que es "la gran luz que hoy ha bajado a la tierra" y resplandece por todo el mundo, nosotros hemos sido liberados, por medio del bautismo, del poder de las tinieblas y hemos sido traspasados al reino de Jesucristo, *el hijo amado del Padre* (Col 1, 13). Como enseña San Pablo, *el mismo Dios que dijo: "que la luz resplandezca en medio de las tinieblas", es el que ahora ha resplandecido en nuestros corazones; así somos iluminados con el conocimiento de la gloria de Dios, que brilla en el rostro de Jesucristo* (2Cor 4, 6). Siguiendo el texto evangélico de esta mañana, ante la pequeñez del hijo de María, contemplamos, por la fe, *su gloria, que le corresponde como Hijo único del Padre*.

Es cierto que, como dice además el Apóstol, *llevamos este tesoro de la fe en Jesucristo en vasijas de barro*, debido a nuestra debilidad y nuestro pecado (2Cor 4, 7). Pero quien nos da consistencia para que no dañemos el *tesoro* es Dios. Él continúa nutriendo nuestra fe con su *luz* y con su ternura desde el momento que nos ha dado a su Hijo de una manera definitiva.

Ser hijos de la *luz* significa, también, querer a los demás; tal como dice la primera carta de san Juan, *quien ama a su hermano, está en la luz* y, en cambio, *quien afirma que está en la luz, pero aborrece a su hermano, todavía está en la oscuridad... y no sabe dónde va porque la oscuridad le ha cegado los ojos* (1Jn 2, 9-10). A pesar de nuestra poquedad, queremos ser coherentes con la *luz* que hemos recibido y con el amor que debe acompañarla siempre. Por ello, al igual que hemos hecho en la misa de la noche, también esta mañana de Navidad, que es día de amor y de fraternidad, os invitamos a participar en una colecta que haremos después de la celebración, a favor obra que hace Cáritas para atender tantas personas que pasan un tipo u otro de necesidad.

"Hoy una gran *luz* ha bajado a la tierra". Dejemos que la *luz* del Hijo de Dios, hecho hombre en las entrañas de María, nos penetre y que por, la gracia de la Eucaristía que celebramos, resplandezca en nuestras obras la fe que nos ilumina (cf. oración colecta de la misa del alba).